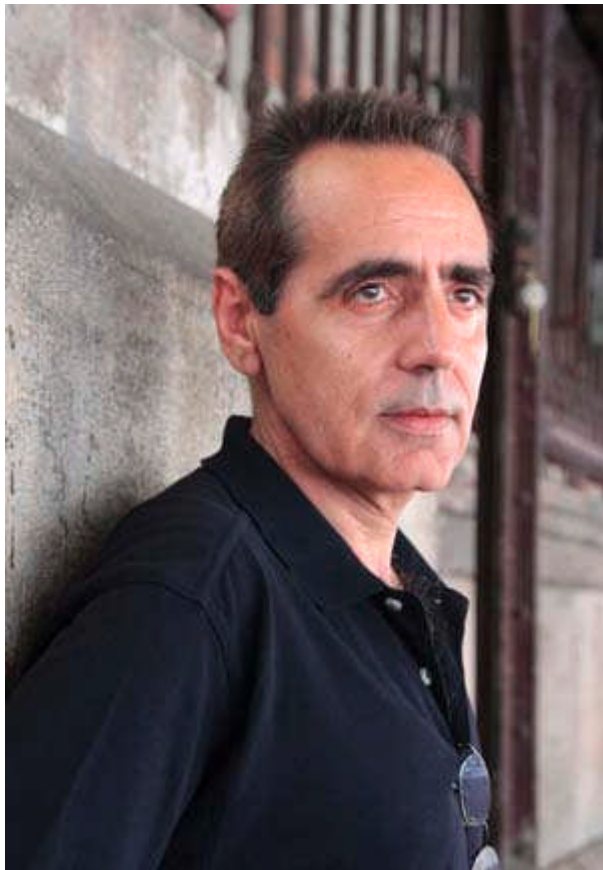


26 de enero de 2013



Entrevista con el poeta

Entrevista de Carolina Molina

Lupiáñez se pasa al cuento

José Lupiáñez (La Línea, Cádiz) es un poeta reconocido y promotor de diferentes revistas literarias. En su amplia trayectoria le queda, sin embargo, probar el género del cuento.

Con este libro se introduce en él y da vida a recuerdos infantiles desde una perspectiva poética dulce pero muy crítica. El chico de la estrella y otros cuentos es un libro delicioso que viene avalado por una herramienta muy útil para un narrador, que es la nostalgia.

EL HERALDO DEL HENARES: José, escribir *El chico de la estrella y otros cuentos* ¿Ha sido un ejercicio de memoria?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Ha sido, sin duda, una labor de rescate de muchos momentos vividos y de muchos personajes conocidos que guarda la memoria; a veces, sin que en esa custodia, en esa guarda, interviniera mi voluntad. Quiero decir que la memoria es selectiva, como todos sabemos, y conserva vívidos los recuerdos de individuos o de paisajes, de escenas o circunstancias, que nos acompañan a lo largo de la existencia y que son como un magma espiritual al que uno puede acudir cuando ensueña el tiempo que se fue.

Estos elementos apuntalan el recuerdo, lo convierten en verdad sentida y vivida si uno es capaz de resucitar, apoyándose en ellos, la atmósfera de una época, sus claves, sus constantes, o a muchos arquetipos de las gentes que vivieron ese tiempo con sus adversidades y sus heroísmos, sus luces y sus sombras. Ha sido, sí, un ejercicio de evocación y de nostalgia, con la ayuda de la imaginación y de la transformación que el ejercicio literario nos permite.

EHH: Fuiste poeta antes que cuentista. ¿Qué te llevó a dar el salto a este género precisamente ahora?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: He sido poeta siempre, más que narrador. Pero he gustado, a la par, de compartir lo vivido y transformarlo en relato, si bien de forma oral y para amigos e íntimos. Todos me decían que

debía poner por escrito esas historias que comunicaba a unos pocos, pero yo no he hecho caso hasta ahora y me he decidido muy tardíamente a tener en cuenta esos consejos de los amigos que me animaban a esta empresa.

El resultado es este libro en el que empiezo por el principio, es decir, recuperando el tiempo lejano de la infancia, porque en ese tiempo están muchas de las claves que explican el modo de ser y de sentir de la generación a la que pertenezco. Por otro lado siempre he creído que saber contar es un don y he respetado mucho a quienes consiguen transmitir con maestría la fascinación por unos hechos, la complejidad de una trama o la hondura de tal o cual personaje.

Quizá el estar tan acostumbrado al ejercicio de síntesis que te impone el poema te hace que seas especialmente exigente con la narrativa y por ello no había ensayado este género que, como lector, frecuento más que el poético. La poesía la escribo. La narrativa la disfruto y la leo con entusiasmo.

EHH: ¿Qué puede aportar un poeta a la narrativa breve?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Quizá un modo distinto de acercarse a lo real y un modo diferente de tratar lo imaginario. El poeta vive más próximo a lo metafórico, es más vecino de la imagen o del símbolo, mientras que el narrador gusta de la acción, del vértigo de los hechos. Equilibrar estos dos extremos me parece una receta muy apropiada para adentrarse en el territorio del cuento. Tratar de evitar el exceso innecesario de lirismo que pudiera ahogar la emoción del relato, pero sin ahorro de un uso del lenguaje especialmente sensorial para hacer singularmente eficaz lo que se cuenta. La idea sería que el lector visualizara y entañara intensamente lo narrado, que pudiera vivirlo como si se colara en una vida paralela a la suya.

Esto mismo experimento yo como lector con los grandes maestros, el que me regalan una existencia paralela que comparto con la vida cotidiana, hasta el punto de que a veces no sé si vivo más en la rutina que el día me impone o en esa otra dimensión que me propicia la literatura. Este hecho me parece muy mágico. Si no consigo con mis historias algo parecido habré fracasado, porque justamente eso es lo que me propongo: franquear la entrada del lector a una historia que lo aprese con su vertiginosa sensación de verdad, de sueño paralelo al sueño de la vida.

EHH: En todos los cuentos, salvo en uno encontramos, la mirada de un niño. Historias contadas a través de sus ojos y que se muestran críticos en vez de inocentes. ¿De dónde salen esas historias de crueldad, como la del niño discapacitado que sufre malos tratos o la niña que guarda en su mano un extraño secreto?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Salen, como te refería antes, de la verdad de lo vivido, que necesariamente ha pasado por el filtro de la imaginación y de la fabulación. Aquí no hay autobiografía, ni mucho menos, pero sí se recrean casos que de algún modo se asientan en realidades más próximas o más lejanas de las que he tenido noticia, o de las que he sido testigo directo. Quizá el escoger algunos de los asuntos que aparecen en estas historias tiene el propósito de ofrecer al lector un conjunto de situaciones que ahondan en determinados aspectos de la condición humana, pero siempre desde la óptica del niño, desde la perspectiva del que se inicia en el camino de la vida, con una carga de inocencia previa al conocimiento que produce el choque con determinadas realidades adversas o reveladoras.

Por eso aparecen vertientes que tienen que ver con el descubrimiento del dolor, del desengaño, de la enfermedad, de la crueldad, de la muerte, pero también del amor, de la amistad, de la camaradería, de la fidelidad, de la ternura, de la redención, etc. No desdeño tampoco el humor, que es un componente esencial en mis cuentos y que se convierte en aliado de quien narra para imponer cierto distanciamiento refrescante que, al cabo, nos proporciona una perspectiva más fidedigna de lo que se cuenta, y a veces más crítica y liberadora.

EHH: La vida que comienza asoma a estas páginas, pero también la muerte con un único cuento dedicado a una mujer que compra un ataúd.

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Bueno, en realidad, el tema de la muerte está más presente de lo que parece en el conjunto del libro. Ya en el primer relato se hace referencia a la guerra civil, aunque la muerte, como tal, no se materialice en ningún personaje concreto, pero sí se da como exponente trágico de una contienda incomprensible para la mentalidad de un niño. También aparece en la segunda historia, la del maestro Don Siro.

Y, aparte del cuento que refieres, cobra un especial protagonismo en el cuento final, en donde se da testimonio de la conmoción que causa la pérdida de Pedro, uno de los muchachos de la pandilla. Era necesario dejar constancia de este aprendizaje, en medio de las peripecias de esos chicos que están empezando a vivir, porque la muerte es parte inseparable de la vida y probablemente una de las lecciones más impactantes que les va haciendo despertar a una madurez imprevista, desde la perspectiva de su inexperiencia y de la candidez, en la que el niño vive instalado. Este conocimiento, este despertar de sus conciencias a esa otra realidad misteriosa supone una grieta, una quiebra en ese mundo de eternidad en el que discurren sus vidas. Incluso hay otros referentes simbólicos y anticipatorios, como la muerte del pájaro en la ventana, a la que se alude en la segunda historia.

En fin: vida y muerte son aquí el haz y el envés de la vida y no escondo un cierto sentimiento pesimista, herencia del barroco, que no podía obviar porque sería falso involucrarse de manera exclusiva en un vitalismo a ultranza que ocultara de las vidas que se estrenan esa amenaza fatal y conformadora del carácter y la condición del ser humano, en sus etapas más incipientes...

EHH: El chico de la estrella cuenta además con una novedad. En vez de tener un prólogo tiene un epílogo, escrito magistralmente por Antonio Enrique y que es una grata idea, porque leído una vez finalizado el libro no te descubre nada de los misterios de sus muchas historias. ¿Fue esa la intención?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Esa justamente fue la idea: ofrecer un balance crítico de lo narrado y profundizar en las claves definidoras de cada una de las historias, pero ofreciendo todo ello después de que se hubiera producido la lectura de los cuentos, para evitar anticipaciones que pudieran haber puesto en guardia al lector o restar eficacia al factor sorpresa de algunos argumentos.

Además, estoy verdaderamente agradecido al amigo y maestro Antonio Enrique por la perspicacia de su particular lectura y el penetrante análisis que hace de estas historias. Creo sinceramente que consigue una exégesis más que ajustada de personajes, tramas, situaciones y estilo, porque no en balde él ha sido uno de los que más me alentaron a escribir este libro y uno de los destinatarios de confianza a los que anticipaba los cuentos durante el proceso de su escritura. Pocos como él conocen mi obra y saben de sus entresijos y de sus intenciones.

EHH: ¿Te ha gustado la experiencia de escribir cuentos? ¿Quizás pienses en continuar?

JOSÉ LUPIÁÑEZ: Con la humildad de quien es apenas un narrador bisoño puedo decirte que ha sido una aventura emocionante. Sobre todo cuando percibía eso que he oído tantas veces a los buenos maestros, esa sensación de que los personajes cobraban vida propia y reclamaban su libertad en medio de la historia. Una vez que se prueba este veneno sería muy difícil permanecer en silencio y claro está que quiero continuar con otras que ya me bullen dentro. Ojalá consiga transmitir las con el mismo entusiasmo y la misma intensidad con las que he vivido esta primera experiencia.